

Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe



**REFLEXIONES PARA VIVIR LA
SEMANA SANTA 2026**

*M. I. Monseñor. Cango. Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Canonigo Teólogo Lectoral V. Cabildo Colegial de Guadalupe*

DESDE EL TEPEYAC AL MUNDO



Muy estimados Hermanos y Hermanas,

Hoy Domingo de Ramos, iniciamos la Semana Santa 2026, muchas realidades han pasado en nuestras vidas y en nuestras familias y un año más desde el Santuario de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe en el Tepeyac, ponemos a todos Ustedes y a sus familias, en el cruce de su manto, les enviamos esta sencilla guía para rezar, meditar y celebrar, a manera de una vivencia de fe doméstica en estos días tan importantes acontecimientos para fortalecer nuestra fe.

Confianto en la infinita misericordia de Dios nuestro Padre, en la presencia cercana de su Hijo Jesucristo y en la acción transformante y sanadora del Espíritu Santo, ante la realidad post – Pandemia, la violencia, la inseguridad y la crisis mundial en muchas partes de mundo, incluida nuestra Patria, los invito a unirnos en espíritu y verdad y vivir con gran fervor y fe estos días que nos recuerdan la Pascua del Señor, el núcleo de nuestra REDENCION.

.... “El Papa Francisco afirma que: pareciera que el hombre de hoy no quisiera pensar más en la Redención, en ser liberado y salvado por Dios; el hombre de hoy se ilusiona de hecho con la propia libertad como una fuerza para obtener todo. También hace alarde de esto. Pero en realidad no es así. ¡Cuántas ilusiones son vendidas bajo el pretexto de la libertad y cuántas nuevas esclavitudes se crean en nuestros días en nombre de una falsa libertad! Tantos esclavos, tantos... Tenemos necesidad que Dios nos libre de toda forma de indiferencia, de egoísmo y de autosuficiencia¹. En nuestros tiempos, prolifera una especie de neo-pelagianismo para el cual el

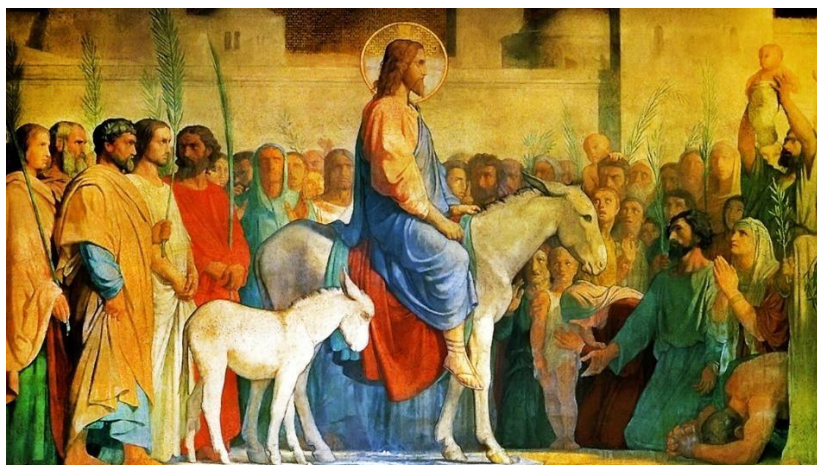
¹ FRANCISCO. *Catequesis sobre la relación entre redención y misericordia*. 10 de septiembre de 2016.

*individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los demás. La salvación es entonces confiada a las fuerzas del individuo, o a las estructuras puramente humanas, incapaces de acoger la novedad de Espíritu de Dios*². (CEM Proyecto Global de Pastoral 2031-2033 PGP no.95)

Recordemos que, en el plan salvífico de Dios están asociados Cristo crucificado y la Virgen María. Como Cristo es el "hombre de dolores" como lo anuncia el profeta Isaías (Is 53,3), por medio del cual se ha complacido Dios en "reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz" (Col 1,20), así María es la "madre, junto a la cruz del dolor", que Dios ha querido asociar a su Hijo, como madre y partícipe de su Pasión.

Hoy, más que nunca es el tiempo oportuno para crecer en nuestro amor filial a Santa María de Guadalupe, que al pie de la Cruz nos entregó a su Hijo, y se entregó Ella misma con Él, por nuestra salvación. En su Santuario del Tepeyac, María Santísima esta "junto a la gran cruz glorificada", que descende en el centro de la Basílica. Pidamos a Santa María de Guadalupe al inicio de esta Semana Santa que, nos acompañe y caminemos, en su compañía, por la senda que nos conduce a Jesús. Desde el Tepeyac, los saludo y animo a iniciar nuestra SEMANA SANTA 2026.

DOMINGO DE RAMOS



Comienza la Semana Santa y recordamos la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén. Escribe San Lucas: "Al acercarse a Betfagé y a Betania, junto al monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos diciéndoles: Vayan al caserío que está frente a ustedes. Al entrar, encontrarán atado un burrito que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo aquí. Si alguien les pregunta por qué lo desatan, díganle: el Señor lo necesita. Fueron y encontraron todo como el Señor les había dicho".

² Cf. FRANCISCO. *Discurso en el encuentro con los participantes en el V Congreso de la Iglesia Italiana*, Florencia, Italia, 10 de noviembre de 2015

Jesucristo, Nuestro Señor, que es Dios elige un burrito para ingresar en Jerusalén. Cuantas veces nosotros, que no somos nada, elegimos lo mejor, lo más vistoso, lo más costoso, nos mostramos a menudo vanidosos y soberbios, buscamos sobresalir, llamar la atención, tratamos de que los demás nos admiren y alaben.

Hemos de sacar consecuencias de esta acción de Jesús, pensemos un momento: cada uno de nosotros puede ser quien lleve a Cristo Jesús, y muchos ya pensarían, ¿yo.... un burro? Pero ve más adentro, Cristo Jesús se fijó en él, para presentarse como rey ante el pueblo que lo aclamaba. Porque Jesús no sabe qué hacer con la astucia humana calculadora, con la crueldad de corazones fríos, con la hermosura vistosa pero hueca. Jesús Nuestro Señor en cambio, estima la alegría de un corazón sencillo, con los ojos limpios, el oído atento a sus palabras de cariño.

Comentando esta escena evangélica, San Juan Pablo II recuerda que Jesús no entendió su existencia terrena como búsqueda del poder, como afán de éxito y de hacer carrera, o como voluntad de dominio sobre los demás. Al contrario, renunció a los privilegios de su igualdad con Dios, asumió la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y obedeció al proyecto del Padre hasta la muerte en la Cruz (*S.S. Juan Pablo II, Homilía, 8-IV-2001*).

Si en estos días notamos el aleteo divino de la gracia de Dios, que pasa cerca, démosle cabida en nuestras almas. Extendamos en el suelo, más que palmas o ramos de olivo, coloquemos nuestros corazones. Seamos humildes. Seamos mortificados. Seamos comprensivos con los demás. Éste es el homenaje que Jesús espera de nosotros. Caminemos de la mano de Nuestra Madre Santísima María de Guadalupe, que Ella nos obtenga la gracia de que estos días dejen una huella profunda en nuestras almas, que sean ocasión de profundizar en el Amor de Dios, para poder así mostrarlo a los demás.

PREPARATIVOS EN CASA PARA COLOCAR LA PALMA BENDITA

Si se puedes ir a la Iglesia o parroquia para la bendición de las palmas, posteriormente sería muy importante colocarla en la puerta de entrada y adórnala con moños o flores, una por cada miembro de la familia. Si tienes una cruz o crucifijo en tu casa, allí también se puede colocar la palma bendita. Compartir con tus vecinos esta iniciativa para que ellos también en su casa adorno su puerta de entrada.



Reunida la familia y quizás invitado a algunos vecinos junto a la puerta de entrada, el que dirige saluda de la siguiente manera:

En el nombre de Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. **R.** Amen.

Queridos amigos, amigas, bendigamos a Dios Padre que nos permite reunirnos en su nombre para aclamar y reconocer públicamente a su Hijo como nuestro Señor y Rey. **R.** Bendito seas por siempre, Señor.

Del Evangelio según san Mateo.

Cuando se aproximaban ya a Jerusalén, al llegar a Betfagé, junto al monte de los Olivos, envió Jesús a dos de sus discípulos, diciéndoles: "Vayan al pueblo que ven allí enfrente; al entrar, encontrarán amarrada una burra y un burrito con ella; desátenlos y tráiganmelos. Si alguien les pregunta algo, díganle que el Señor los necesita y enseguida los devolverá".

Esto sucedió para que se cumplieran las palabras del profeta: Díganle a la hija de Sión: He aquí que tu rey viene a ti, apacible y montado en un burro, en un burrito, hijo de animal de yugo.

*Fueron, pues, los discípulos e hicieron lo que Jesús les había encargado y trajeron consigo la burra y el burrito. Luego pusieron sobre ellos sus mantos y Jesús se sentó encima. La gente, muy numerosa, extendía sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de los árboles y las tendían a su paso. Los que iban delante de él y los que lo seguían gritaban: ¡Hosanna! ¡Viva el Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!" Al entrar Jesús en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió. Unos decían: "¿Quién es éste?" Y la gente respondía: "Éste es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea". Palabra del Señor. **R.** Gloria a ti, Señor Jesús.*

MEDITACION

La liturgia del domingo de Ramos es casi un *solemne pórtico de ingreso* en la Semana santa. Asocia *dos momentos opuestos entre sí*: la acogida de Jesús en Jerusalén y el drama de la Pasión; el "Hosanna" festivo y el grito repetido muchas veces: "¡Crucifícalo!"; la entrada triunfal y la aparente derrota de la muerte en la cruz. Así, anticipa la "hora" en la que el Mesías deberá sufrir mucho, lo matarán y resucitará al tercer día (cf. Mt 16, 21), y nos prepara para vivir con plenitud el misterio pascual.

Al acoger a Jesús, se alegra la ciudad, como debemos en nuestra ciudad, en nuestro barrio, en nuestra unidad habitacional o condominio, también cada uno de nosotros acoger a Cristo que llega a nuestras familias que guarda seguridad dentro de sus paredes y muros. Deben resonar las consoladoras palabras del profeta Zacarías: "Alégrate, hija de Sión; canta, hija de Jerusalén; mira a tu rey que viene a ti justo y victorioso, modesto y cabalgando en un asno. (...) Romperá los arcos guerreros, dictará la paz a las naciones" (Zc 9, 9-10). Hoy estamos de fiesta, porque entra en Jerusalén Jesús, el *Rey de la paz*.

Hoy acogemos con fe y con júbilo a Cristo, que es nuestro "rey": rey de *paz de verdad*, de *libertad*, de *justicia* y de *amor*. Estos son los cuatro "pilares" sobre los que es posible construir el

edificio para nuestra familia en estos días tan difíciles. La paz es don de Cristo, que nos lo obtuvo con el sacrificio de la cruz. Para conseguirla es necesario subir con el divino Maestro hasta el Calvario.

PETICIONES:

Como Cristo se dirigió al Padre en el momento de su máximo sufrimiento, oremos también nosotros con toda confianza ante Dios, nuestro Padre. Pidamos especialmente para comprometernos con las personas que más comparten hoy, el sufrimiento de Jesús.

- ✝ Familia, Dios se nos ha manifestado, principalmente en el amor de Jesús, en su sufrimiento, en su humillación hasta morir en la cruz. Pidamos, pues que nosotros no busquemos la gloria y el poder, sino el servicio humilde, atento, comprometido con los más necesitados, con los más pobres, oremos. **R. Que tu gracia, nos ayude, Señor.**
- ✝ Familia, Jesús en la cruz, clamó al Padre con el grito del hombre que se siente abandonado. Pidamos por las mujeres y los hombres, los niños, jóvenes o ancianos de tantas partes de mundo y nuestra Patria, que se sienten solos, perdidos, abandonados, en estos momentos de incertidumbre. **R.**
- ✝ Familia, en este Domingo de Ramos, en este día en que nuestro niños vivan con alegría estos días se Semana Santa, tiempo de vacaciones y tiempo de convivir en familia, oremos. **R.**
- ✝ Oremos, también por nosotros, para que celebremos de tal modo estos días santos en casa y con unidad y caridad profesemos en nuestro camino de seguimiento de Jesucristo, oremos. **R.**

Por Jesús hemos sido hechos hijos del Padre, por eso nos alegramos de decir:

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. AMEN.

Oración final

Te pedimos, Señor aumentes la fe, en estos momentos tan difíciles que estamos pasando por las guerras y violencia en el mundo, a los que tenemos en ti nuestra esperanza y nos permitas a quienes agitamos estas palmas en honor de tu Cristo victorioso, podamos permanecer unidos a Él para que así demos frutos de buenas obras. Por Jesucristo nuestro señor. **R. Amén.**

Se invoca la bendición de Dios y se santigua, diciendo:

El Señor nos bendiga, **+** Padre, hijo y Espíritu Santo, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida

MEDITACIONES DURANTE LOS DIAS SANTOS



LUNES SANTO

Ayer recordamos el ingreso triunfal de Cristo en Jerusalén. La muchedumbre de los discípulos y otras personas le aclamaron como Mesías y Rey de Israel. Al final de la jornada, cansado, volvió a Betania, aldea situada muy cerca de la capital, donde solía alojarse en sus visitas a Jerusalén. Allí, una familia amiga siempre tenía dispuesto un sitio para Él y los suyos. Lázaro, a quien Jesús resucitó de entre los muertos, es el cabeza de familia; con él viven Marta y María, hermanas suyas, que esperan llenas de ilusión la llegada del Maestro, contentas de poder ofrecerle sus servicios.

En los últimos días de su vida en la tierra, Jesús pasa largas horas en Jerusalén, dedicado a una predicación intensísima. Por la noche, recupera las fuerzas en casa de sus amigos. Y en Betania tiene lugar un episodio que recoge el Evangelio de la Misa de hoy. *Seis días antes de la Pascua* -relata San Juan-, *fue Jesús a Betania. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con Él a la mesa. María tomó entonces una libra de perfume de nardo auténtico, muy costoso, ungió a Jesús los pies con él y se los enjugó con su cabellera, y la casa se llenó de la fragancia del perfume.* Inmediatamente salta a la vista la generosidad de esta mujer. Desea manifestar su agradecimiento al Maestro, por haber devuelto la vida a su hermano y por tantos otros bienes recibidos.

Adentrémonos este Lunes Santo en esta vivencia que nos presenta el Evangelio, vivamos junto a Jesús que como amigo visita nuestra familia, como nos decía el Papa San Juan Pablo II: “...es preciso ayudar a los creyentes y a los hombres de nuestro tiempo a dilatar su corazón a una vida sin confines” (Juan Pablo II Aud. gen. 10.12.1997). Es importante comer con la familia y de vez en cuando con los amigos, esto lo enseñó Jesús: un corazón dilatado a una vida sin confines, que en la aparente trivialidad

de un comer juntos, veamos el banquete de las bodas de Dios con la humanidad, un momento que se integra en lo eterno porque participa de la eternidad del Verbo Encarnado, Jesucristo el Hijo de Dios, en quien, de quien y por quien vivimos y así las grandes celebraciones del Misterio Pascual serán el centro y cúlmén al que se oriente todo nuestro vivir. Que esta Semana Santa, sea el centro y el cúlmén de todo nuestro año, tiempo eternizado gracias al Verbo y nosotros acompañando.

MARTES SANTO



El Evangelio de hoy, termina con el anuncio de que los Apóstoles dejarían solo a Cristo durante la Pasión. A Simón Pedro que, lleno de presunción, afirmaba: *yo daré mi vida por ti*, el Señor respondió: *¿conque tú darás mi vida por mí? Yo te aseguro que no cantará el gallo, antes de que me hayas negado tres veces*. A los pocos días se cumplió la predicción. Sin embargo, pocas horas antes, el Maestro les había dado una lección clara, como preparándolos para los momentos de oscuridad que se avecinaban.

Hemos de interrogarnos: ¿cómo es nuestra fe? ¿hemos abandonado también a Jesús? ¿Confiamos plenamente en su palabra? ¿Pedimos en la oración permanecer siempre unidos a Él? ¿Cuántas veces hemos cerrado los ojos a la infinita sabiduría que es infinito amor, tratando de figurarse que bien pudiera ser que la Voluntad de Dios?

Podemos traicionar con la excusa de que no me parece que «eso» pueda ser la Voluntad de Dios para mí, aquí y ahora. Yo a lo mío. Con mil extrañas sutilezas, razonadas sinrazones, podemos traicionar al Amor, al mandato de amarnos los unos a los otros.

Aprovecharás esta Santa Semana para desagaviar con oración y silencio, para dejar nuestras traiciones por un lado y abrazar el verdadero amor de Dios y el amor al prójimo, para culminar en la celebración solemne del gran Misterio Pascual: la Redención, la participación en la Muerte y en la Resurrección del Señor, vivir con Él estos días santos.

La Redención es un momento fundamental de un proyecto más amplio, el proyecto de salvación de Dios: el Padre, que por el Espíritu se abre en su Hijo eterno a nosotros por un amor

infinito con el fin de dar plenitud, consumir y recapitular todo en Él.... Jesús murió como vivió: dándose como pan partido y compartido. Y a eso nos invita, y así nos redime: no de manera mágica, no desde arriba y desde fuera, sino involucrándonos en su seguimiento como hijos del Padre y hermanos entre nosotros. La Redención nos renueva, nos reconcilia, reorienta nuestras opciones más importantes, reconstruye nuestras relaciones rotas, en la fuerza del Espíritu, para reconocernos en el Reino. La cruz no es en sí misma redentora, la cruz era y sigue siendo hasta hoy, signo e instrumento de tortura y de muerte. (CEM Proyecto Global de Pastoral 2031-2033 PGP no.105 y 125)

MIÉRCOLES SANTO



El Miércoles Santo recordamos la triste historia de uno que fue Apóstol de Cristo: Judas. Así lo cuenta San Mateo en su evangelio: *Uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a ver a los sumos sacerdotes y les dijo: “¿Cuánto me dan si les entrego a Jesús?”. Ellos quedaron en darle treinta monedas de plata. Y desde ese momento, andaba buscando una oportunidad para entregárselo.* ¿Por qué recuerda la Iglesia este acontecimiento? Para que nos hagamos cargo de que todos podemos comportarnos como Judas. Para que pidamos al Señor que, de nuestra parte, no haya traiciones, ni alejamientos, ni abandonos. No solamente por las consecuencias negativas que esto podría traer a nuestras vidas personales, que ya sería mucho; sino porque podríamos arrastrar a otros, que necesitan la ayuda de nuestro buen ejemplo, de nuestro aliento, de nuestra amistad.

En algunas imágenes de Cristo crucificado se muestra una llaga profunda en la mejilla izquierda del Señor. Y cuentan que esa llaga representa el beso de Judas. Tan grande es el dolor que nuestros pecados causan a Jesús. Seamos sinceros con nosotros mismos, no queremos vender a Jesús, como Judas, por treinta monedas que son nuestra soberbia, envidia, impureza, odio y resentimiento.

Acerquémonos al Sacramento de la Penitencia, allí nos espera el Señor, como el padre de la parábola del hijo pródigo, para darnos un abrazo y ofrecernos su amistad. Continuamente sale a nuestro encuentro, aunque hayamos caído bajo, muy bajo. Recuerda siempre es tiempo de volver a Dios. No reaccionemos con desánimo, ni con pesimismo. No pensemos: ¿Qué voy a hacer yo, si caigo una vez y otra por mi debilidad? No olvides: mayor es el poder de Dios, para levantarnos de nuestras caídas.

Pidamos a Santa María de Guadalupe, que no permita que nos desanimemos ante nuestras equivocaciones y pecados, quizá repetidos. Que nos alcance de su Hijo la gracia de la conversión, el deseo eficaz de acudir humildes y contritos a la Confesión, sacramento de la misericordia divina, comenzando y recomenzando siempre que sea preciso.

REFLEXIONES PARA VIVIR EN FAMILIA L TRIDUO PASCUAL 2022



JUEVES SANTO

Hoy Jueves Santo con la celebración vespertina de la Misa “de la Cena del Señor” nos adentramos como una solemne introducción al TRIDUO PASCUAL 2022: la Pasión, muerte, sepultura y resurrección del Señor, centro de nuestra fe y de nuestra vida como cristianos.

Un año más desde el Santuario de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe en el Tepeyac, ponemos a todos Ustedes y a sus familias, en el cruce de su manto, y les enviamos esta sencilla guía para rezar, meditar y celebrar, a manera de una vivencia de fe doméstica en estos días santos tan importantes acontecimientos para fortalecer nuestra fe.

JUEVES SANTO LA CENA DEL SEÑOR



ELEMENTOS HISTORICOS SOBRE LA LITURGIA DE JUEVES SANTO

Los libros litúrgicos titulan este día, consagrado principalmente a celebrar la institución de la santísima eucaristía, *feria quinta in Cena Domini*; tal nombre era ya común en África y en Italia a principios del siglo V. La liturgia del Jueves Santo, expresada en el oficio y en el formulario de la misa, une al recuerdo de la institución eucarística los luctuosos episodios que poco después dieron principio a la pasión de Cristo, es decir, la oración y mortal agonía en el huerto de los Olivos y la traición de Judas; muchas iglesias llamaban a este día *dies traditionis*. En este mismo día, desde la más remota antigüedad cristiana se hacían dos ritos especiales: a) la reconciliación de los penitentes, y b) la consagración de los óleos santos, con vistas a la bendición de la fuente bautismal y a la confirmación de los neófitos en la noche de Pascua.

Las tres misas antiguas antes de la renovación de Pio XII.

El sacramentario Gelasino contiene tres misas para el Jueves Santo. La primera, propia de la iglesia romana, era celebrada para la reconciliación de los penitentes, cuyo rito en este jueves desde el 416 servía como misa de los catecúmenos, y por eso era inmediatamente seguida de la ofrenda y de la misa de los fieles; la segunda, llamada *missa chrismalis*, por la consagración de los óleos; la tercera, titulada *ad vesperum*, en memoria de la institución de la santísima eucaristía y de la traición de Judas. Esta última tiene relación con el uso, testimoniado en África, por San Agustín y **en Oriente por San Epifanio y por Eteria**, de celebrar, además de la misa de la mañana, una segunda por la tarde, *post nonam*, a imitación de la última cena de Nuestro Señor, **durante la cual se solía recibir la comunión sin estar en ayunas**. El gregoriano y los antiguos *Ordines* románicos conocen más que una misa, la de la consagración de los óleos santos, la cual se celebraba a hora más bien tardía, *hora quasi séptima*, dice el *Ordo* de Einsiedeln; revestía marcado carácter festivo. El papa y los diáconos *induuntur dalmaticis vel omni ornamento* se canta el *Gloria in excelsis Deo*, y en todo se procede con el ceremonial de las grandes solemnidades, *sicut mos est in dies solemni*. También hoy día, a pesar de que el formulario de la misa haya modificado el carácter antiguo, los ministros llevan vestidos blancos de fiesta; blanco es el velo que cubre la cruz del altar, y el *Gloria* es entonado entre el sonido prolongado de las campanas, después de lo cual callan hasta la misa de Pascua.

Este silencio de los bronces sagrados, simbólico sin duda, al cual ya alude Amalario, comenzaba en algunos lugares aun antes de la misa. La tabula (*crepitaculum*, crótalo), de la cual habla Durando, era

un instrumento de madera muy difundido en los claustros hasta los tiempos de Casiano, donde suplía al servicio de las campanas, entonces no muy generalizado. En particular, según las costumbres cluniacenses, se usaba sonar la tabula cuando un monje entraba en agonía (*Tabula morientium*) y cuando tenía lugar el lavatorio de los pies (*ad rmandatum*). Un recuerdo de esta tabula, la tenemos en nuestras tradicionales “matracas”,

La misa actual ha modificado notablemente su ordenación primitiva, no siendo ya solamente en función de la consagración de los óleos, sino de la eucaristía y de la traición de Judas. Según los libros litúrgicos más antiguos, en la misa original de la elenco de los días de precepto el Jueves en la Misa de la Cena del Señor. La práctica había arraigado tanto entre los fieles, que durante los siglos XII-XIII la multitud de los que comulgaban impedía prácticamente al clero el comulgar.

MISA CRISMAL y la bendición de los óleos y consagración del Santo Crisma.

La consagración de los óleos, que está encuadrada en la misa pontifical de este día, se remonta ciertamente a una alta antigüedad, aunque no sea posible hacerla ascender hasta una verdadera tradición apostólica. Tertuliano es el primero en hablar de la *Traditio* expresamente del ministerio del obispo. Estos en Roma, según la *Traditio*, consagraban inmediatamente antes de conferir el bautismo, sea el crisma, sea el aceite de los catecúmenos, llamado *oleo de exorcismos*. El aceite para los enfermos era bendecido por el sacerdote en las misas ordinarias todas las veces que fuese pedido por los fieles.



Es difícil precisar cuándo se comenzó a bendecir conjuntamente los tres óleos litúrgicos y a fijar el rito en el Jueves Santo. El primer testimonio de tal disciplina es el gelasiano en la imitad del s.VI.

La consagración del crisma hoy se realiza inmediatamente después de la comunión. Esta se inicia con la bendición del bálsamo y con su mezcla con el óleo crismal. Hecho esto, el obispo en primer lugar y después cada uno de los doce sacerdotes asistentes, soplan tres veces en forma de cruz

sobre la ampolla. Es ciertamente un gesto de exorcismo, que se encuentra mencionado por primera vez en el *Ordo* de San Amando, cuyo significado se declara en la fórmula *Exorcizo*, añadida después del siglo XI.

Sigue después la solemne oración eucarística consacratoria del crisma, en la cual se hace como la historia del simbolismo escriturístico añejo a la unción del aceite; del ramo de la paloma del arca de Noé, a la unción de Aarón por mano de Moisés y a la aparición de la paloma después del bautismo de Cristo; y termina con una epiclesis al Padre a fin de que, por los méritos de Jesús Salvador, envíe al Espíritu Santo, infundiendo su potencia divina en el perfumado líquido para que resulte para los bautizados crisma de salud. Hecho esto, los sacerdotes asistentes se acercan por turno a la ampolla del crisma y la saludan tres veces: *Ave, sanctum Chrisma*, haciendo la genuflexión y besándola reverentemente.

Análogas ceremonias se hacen con el óleo de los catecúmenos después que el obispo, previo exorcismo, lo ha consagrado con una simple oración.

Lo que tiene de característico la bendición de los óleos es la procesión solemne que se hace para el traslado de las ampollas del crisma y del óleo de los catecúmenos de la sacristía al altar, y viceversa.

Participan en ella los sacerdotes, los diáconos y los subdiáconos asistentes a la misa; se llevan las luces y el incienso y durante el trayecto.

El "monumento o sepulcro" en la misa de la Cena del Señor.

El celebrante en este día, según la rúbrica del misal de Pio V, debía consagrar dos hostias, una de las cuales consume él mismo, y la otra en reserva para el día siguiente. Ya que el Viernes Santo ha sido siempre alitúrgico, sin celebración de la Misa, el uso de reservar la eucaristía para el día siguiente es antiquísimo.

La eucaristía de la Cena del Señor celebrada hacia el mediodía del Jueves Santo, se guardaba en el sagrario, como de costumbre. Pero durante el siglo XI, y más tarde bajo el impulso de la creciente devoción al Santísimo Sacramento, la disciplina comienza a sufrir radical innovación. La eucaristía no se conserva ya en la sacristía, sino que queda depositada en la iglesia sobre un altar o en un lugar convenientemente preparado, y su traslado se realiza procesionalmente y con cierta pompa.



El simbolismo fundamental de esta deposición eucarística, repetido por los liturgistas medievales, fue el de simbolizar la muerte de Cristo en el sepulcro, para completar con el jueves los tres días pasados por Él en la tumba; por lo demás, todo el aparato litúrgico que lleva consigo la evolución del rito sugería fácilmente la idea y el nombre de "monumento o sepulcro," llamado todavía impropriamente así por el pueblo a pesar de que la Iglesia haya siempre prohibido el acumular elementos tales como guardias, tumba, imágenes de María y de San Juan, emblemas fúnebres, etc. que pudiesen hacer alusión a esta idea.

A aumentar el equívoco contribuyó quizá, más que nada, la costumbre, introducida casi universalmente después del siglo XI, de erigir en el Viernes Santo detrás o a un lado del altar o en una capilla lateral una representación del sepulcro de Cristo, donde, en un tabernáculo preparado, era solemnemente depositada o, como se decía, sepultada la cruz del altar y la santísima eucaristía. Los fieles la adornaban copiosamente con flores y luces y de día y de noche hacían la guardia rezando hasta el alba de Pascua; la eucaristía era entonces llevada procesionalmente al altar. Indudablemente, esta función con su sepulcro simbólico, aunque posterior en cuanto a la fecha, ha prevalecido sobre la otra y le ha dado el propio nombre.

MISA DE LA CENA DEL SEÑOR en la actualidad

Se trata de una misa vespertina que constituye la introducción al Triduo Pascual. Los oficios de Semana Santa llegan el Jueves Santo a su máxima relevancia litúrgica. En esta tarde se da comienzo al Triduo Pascual que culminará el Domingo de Pascua, la Resurrección de Jesucristo.

Los Santos Oficios del Jueves Santo se celebran por la tarde noche, para conmemorar la Última Cena de Jesús con sus discípulos. No obstante, por razones pastorales se puede anticipar su comienzo, no pudiendo en ningún caso empezar antes de las 18:00 horas. El Jueves Santo es tiempo de Cuaresma hasta la hora nona, es decir, toda la mañana hasta las tres de la tarde. A partir de ahí comienza el Triduo Pascual, que durará desde la tarde del Jueves Santo hasta el Domingo de Resurrección. En la celebración participa, junto a los sacerdotes celebrantes, un seglar, que será el que nos irá informando de lo que se va a ir celebrando a lo largo de estos oficios.



Al comienzo de la celebración, el sagrario debe presentarse vacío con la puerta abierta. El altar mayor, donde se celebrará la Santa Misa, se adorna con cirios, manteles y sin flores hasta la Resurrección.

Se inicia con la entrada procesional, encabezada por los acólitos, seguida por los ministros sagrados (diáconos, concelebrantes si los hay) y finalizada por el celebrante principal, un Sacerdote u Obispo. Mientras tanto, el coro acompaña con cantos, pues ya ha terminado la Cuaresma y se va a celebrar uno de los momentos más importantes del año litúrgico, la Institución de la Eucaristía y el mandamiento del amor. Los cantos de esta celebración están enfocados a la celebración de la institución de la Eucaristía. El color de esta celebración es el blanco eucarístico, sustituyendo al morado cuaresmal.

En esta celebración se canta de nuevo el "Gloria" a la vez que se tocan las campanas, y cuando este termina, las campanas dejan de sonar y no volverán a hacerlo hasta la Vigilia Pascual en la Noche Santa.

Las lecturas de este día son muy especiales, la primera es del libro del Éxodo (Prescripciones sobre la cena pascual), la segunda lectura es de la primera carta del apóstol San Pablo a los Corintios (Cada vez que coméis de este pan y bebéis de este vino, proclamáis la muerte del Señor) y el salmo responsorial *El Cáliz que bendecimos, es la comunión con la sangre de Cristo*. El Evangelio es el momento del lavatorio de pies a los discípulos, que adquiere un destacado simbolismo dentro de los oficios del día, ya que posteriormente se realiza por el sacerdote lavando los pies a doce varones a modo de los doce apóstoles y en el que recuerda el gesto que realizara Jesús antes de la Última Cena con sus discípulos, efectuándose en esta ocasión entre la Homilía y el Ofertorio, omitiendo el Credo. Durante el lavatorio de los pies se entona un cántico relacionado con el Mandamiento Nuevo del Amor entregado por Jesucristo en esta noche santa, destacando frases del texto del discurso de Jesús en la última cena, recogido por el Evangelio de San Juan.

La celebración se realiza en un ambiente festivo, pero sobrio y con una gran solemnidad, en la que se mezclan sentimientos de gozo por el sacramento de la Eucaristía y de tristeza por lo que ocurrirá a partir de esa misma tarde de Jueves Santo, con el encarcelamiento y juicio de Jesús.

En el momento de la Plegaria Eucarística, se prefiere la recitación del Canon Romano o Plegaria I, pues el texto prevé algunos párrafos directamente relacionados con lo que se celebra en este día (Communicantes, Memento y relato de la institución ["*en esta noche...*"]).

Una vez se ha repartido la Comunión como de costumbre, el Santísimo Sacramento se traslada desde el Altar donde se ha celebrado la Misa en procesión por el interior de la iglesia, al llamado "Altar de la reserva" o "Monumento", un altar efímero que se coloca ex-profeso para esta celebración, que debe estar fuera del presbiterio y de la nave central, debido a que en la celebración del Viernes Santo no se celebra la Eucaristía. Si el Sagrario no se encuentra en el presbiterio, se puede usar para esto el sagrario habitual ubicado en una capilla lateral. Llegada la procesión al lugar del Monumento, mientras se entona algún himno eucarístico como el *Pange Lingua*, el sacerdote deposita el copón con el Santísimo, debidamente cubierto por el cono, dentro del sagrario de la reserva, y puesto de rodillas, lo incienso. No da la bendición con el Santísimo ni reza las alabanzas, sino más bien se queda unos instantes orando en silencio. Antes de retirarse, cierra la puerta del sagrario de reserva, hace genuflexión y se retira a la sacristía en silencio acompañado de acólitos y ministros.

Automáticamente, una vez se ha reservado al Santísimo, los oficios finalizan de un modo tajante, ya que el sacerdote no imparte la bendición, pues la celebración continuará al día siguiente y es el seglar el que nos informa que la celebración ha terminado y se nos invita a conmemorar al día siguiente la muerte del Señor.

En algunas iglesias se celebra a continuación un sencillo acto de demudación de los altares, en el que los sacerdotes y ministros revestidos exclusivamente con la estola morada, retiran candeleros y manteles de todos los altares de la iglesia, y en algunos casos los lavan estrujando racimos de uva.

Durante la noche se mantiene la adoración del Santísimo en el "Monumento", celebrándose la llamada "Hora Santa" en torno a la medianoche, quedando el Santísimo allí hasta la celebración del Viernes Santo. Esta reserva recuerda la agonía y oración en Getsemaní y el encarcelamiento de Jesús, y por eso los sacerdotes celebrantes de los oficios piden que velen y oren con Él, como Jesús pidió a sus apóstoles en el huerto de Getsemaní. Una vez han terminado los oficios, se rememora la oración y agonía de Jesús en el huerto de los olivos, la traición de Judas y el prendimiento de Jesús, que se suele celebrar con procesiones en la tarde-noche del Jueves Santo.



En algunos lugares, existe la tradición de visitar siete monumentos en distintos Templos de una misma ciudad, para recordar a modo de "estaciones", los distintos momentos de la agonía de Jesús en el Huerto y su posterior arresto. Desde hace unos años, la Iglesia Católica celebra el Jueves Santo, el llamado Día de la Institución de la Eucaristía y del Sacramento del Orden,. Así como también el día de Mandato del servicio por el Amor Fraterno.

VIERNES SANTO LA PASIÓN DEL SEÑOR

ELEMENTOS HISTORICOS SOBRE LA LITURGIA DE VIERNES SANTO

La adoración de la cruz.

A las lecturas sigue actualmente la adoración de la cruz. Este rito, introducido en Jerusalén después de la exaltación de la cruz hecha por el emperador Constantino, nos es descrita por San Cirilo de Jerusalén y más largamente en la relación de la peregrina Eteria. Era muy simple y sin preciso carácter litúrgico. A la hora octava se reunía el pueblo en la iglesia de la Cruz, sobre el Gólgota; el obispo está sentado en su cátedra rodeado de los diáconos, y delante de él, sobre una mesa cubierta con un mantel, se deposita el leño de la cruz y el título, despojándolos de la cubierta de plata dorada donde solían conservarse.

El obispo extiende sobre ellas la mano y los diáconos vigilan para que ninguno por atrevida devoción se atreva a levantar alguna pequeña parte. Entre tanto, todos, del clero y del pueblo, uno por uno, pasan delante a venerar las reliquias, besándolas y aplicándolas a la frente y a los ojos. Ningún canto u oración durante la ceremonia; todo se desenvuelve en silencio.

El rito, que atraía enorme concurso de pueblo, fue imitado, como lo atestigua ya San Paulino, en muchas iglesias del Oriente y del Occidente, y, sobre todo, en aquellas que tenían la fortuna de poseer una reliquia de la verdadera cruz. Entre éstas estaba Roma, que en el siglo V poseía varias, entre las cuales una en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén, transportada después por el papa Hilario (461-468) al nuevo oratorio de la Cruz, en el laterano, que se perdió después, y otra "depositada por el papa Símaco (498-514) en el *Oratorium crucis*, añejo a San Pedro. Cuando hubiera comenzado en Roma la ceremonia de la adoración, resulta difícil precisarlo. Sin embargo, considerando que ésta muestra evidentes caracteres de origen bizantino, es lícito conjeturar que haya sido introducida en la primera mitad del siglo VII y quizá anteriormente a la misma fiesta de la Exaltación de la Cruz (14 de septiembre).

La más antigua descripción de la ceremonia romana se encuentra en el *Ordo* de Einsiedeln (s.VIII), que reproduce en su austera simplicidad la de Jerusalén. El papa, hacia la hora octava, desciende del patriarcado lateranense y, con los pies descalzos, junto con los ministros, va procesionalmente a Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén en Roma, llevando en la mano un incensario humeante, mientras, detrás de él, un diácono lleva la reliquia de la Santa Cruz. Era probablemente la reliquia de la cruz del papa Símaco, más tarde desaparecida y después encontrada por el papa Sergio. Entrados en la iglesia y depositado el relicario sobre el altar, el pontífice descubre la cruz, se postra a adorarla y después se levanta y la besa. Así hacen todos los miembros del clero, el pueblo y hasta las mujeres, a las cuales, sin embargo, es llevada la cruz por los subdiáconos al lugar designado para ellas. Siguen después las lecciones, los responsorios, el canto de la *Passion*, las lecciones.

Entonces, el pontífice saluda al pueblo y vuelve procesionalmente al laterano. En cuanto a la comunión, el *Ordo* nota expresamente, si alguno desea recibir la comunión, debe dirigirse a las otras iglesias o títulos de Roma y comulgar allí. Esto prueba que, después de la función papal, en los títulos se celebraba una ceremonia análoga, concluida con la comunión. Es ésta, en efecto, la función la encontramos descrita por el gelasiano, la cual se celebraba hacia la hora de nona, la hora de la muerte de Cristo. Se comienza poniendo la santa cruz sobre el altar; hechas las lecturas y dichas las lecciones, los diáconos llevan del sagrario las especies consagradas en el día anterior, depositándolas sobre la mesa. Entonces, el sacerdote se dirige al altar, adora la cruz y la besa. Recita después el *Pater noster* con su embolismo y comulga; lo mismo hacen los fieles después de que a su vez han adorado y besado la santa cruz.

Como se ve, el primitivo rito romano era muy simple. El único elemento decorativo consistía en el canto del *Ecce lignum crucis*, intercalado como antifona entre los larguísimos versículos del salmo 118, *Beati immaculati in vía*, durante el recorrido del laterano y mientras el pueblo desfila para besar la cruz.

Pero en España y en las Galias, bajo el influjo de la liturgia de Jerusalén, la ceremonia fue en seguida dramatizada con el descubrimiento y ostentación de la cruz, con la triple postración y oraciones delante del santo leño y, sobre todo, con el canto de los improperios y del trisagio bizantino, y terminada por fin. como grito de triunfo, con la antifona griega *Crucera tuam*, cantada sobre el tema del *Te Deum*, y que ensalzaba las glorias de la cruz, junto con las líricas expresiones de los dos himnos *Pange lingua* y *Vexilla regis*, de Venancio Fortunato. Todos estos elementos de origen extranjero, importados en la liturgia romana entre los siglos IX y XI, forman hoy el cuadro altamente sugestivo de la adoración de la cruz, que ha terminado por centrar en sí la más grande atención del pueblo.

Hay que observar, sin embargo, que el rito antiguo estaba ordenado a la adoración de una reliquia de la verdadera cruz. Pasado a las iglesias donde no se tienen reliquias de tal género, y celebrado por esto con un crucifijo, ha perdido su primitivo significado.

La misa de los presantificados.

La llamada misa de los presantificados (de los términos griegos ἡ τῶν προηγιασμένων λειτουργία) con que termina la función del Viernes Santo, aunque acompañada de algunas oraciones y ceremonias propias de la verdadera misa, no es en realidad más que un simple rito de comunión hecho con las sagradas especies precedentemente consagradas. Todavía hoy los griegos, apoyándose en un canon del concilio de Laodicea (365) y de Constantinopla (en Trullo, a.692), se abstienen de celebrar el santo sacrificio en los días de Cuaresma, excepto el sábado y la dominica, supliéndolo con la misa de los presantificados. El Viernes Santo, sin embargo, toda la Iglesia antigua, por un justo motivo de luto, suprimía no sólo la celebración de la misa propiamente dicha, sino también el uso de los presantificados, es decir, de la comunión. *Guardaremos silencio respetuoso como lo guardo la creación, Jesús en el Sepulcro.*

SABADO SANTO DEL GRAN SILENCIO



Es impresionante el Sábado Santo, su abismo de silencio, en las realidades actuales ha adquirido un tremendo realismo, pareciera que el mundo ha callado, la humanidad guarda un silencio envuelto en miedo y desesperanza.

Pareciera que este Sábado Santo 2022, vivimos en profundidad el ocultamiento de Dios, pandemia, guerras, secuestros, desapariciones, el día de esa inmensa paradoja que expresamos en el credo con las palabras *descendió a los infiernos*, descendió al misterio de la muerte. El Viernes Santo podíamos contemplar aún al crucificado, hoy la pesada piedra oculta un cadáver, pareciera que todo ha terminado. Las tinieblas personales y familiares de momento vital para la humanidad ante la pandemia mundial y la guerra en Ucrania, nos hablan a nuestras conciencias, el misterio más oscuro de nuestra fe intenta en la profundidad ser señal de una esperanza sin fronteras.

El Papa Francisco recientemente nos recordó una escena del Evangelio que preanuncia de forma admirable el silencio del Sábado Santo y es una imagen de nuestro momento histórico. Cristo duerme en la barca, que está a punto de zozobrar azotado por la tormenta. Dios duerme mientras sus cosas están a punto de hundirse: *¿no es ésta la experiencia actual para la humanidad? ¿No se asemejan nuestra vida a nuestra familia a un pequeño bote que naufraga y que lucha inútilmente contra el viento y las olas mientras Dios está ausente?* Nosotros como los discípulos desesperados, acudimos al Señor y le gritamos que despierte: *Señor, no podemos hacer otra cosa que gritarte hoy SABADO SANTO ¿no ves que nos hundimos? Tu que descendiste a los infiernos, ¿qué es la muerte en realidad, qué sucedió cuando descendiste a las profundidades de la muerte y el abismo?*

Cristo *descendió a los infiernos*, cruzó la puerta de la soledad, descendió al abismo inalcanzable e insuperable del abandono, allí donde no se escuchaba la PALABRA, Tú la pronunciaste, una palabra que llama, que tiende una mano y rescata del abismo. Una palabra pronunciada con amor en el ámbito de la muerte y brilló la vida en medio de la muerte. Con esta certeza esperanzadora de que no estamos solos, comencemos a escuchar Tú voz Señor, y agradecer Tú mano que, desde las tinieblas, es la LUZ viene hacia nosotros.

Meditación

De una antigua Homilía sobre el santo y grandioso Sábado.

¿Qué es lo que pasa? Un gran silencio se cierne hoy sobre la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey está durmiendo; la tierra está temerosa y no se atreve a moverse, porque el Dios hecho hombre se ha dormido y ha despertado a los que dormían desde hace siglos. El Dios hecho hombre ha muerto y ha puesto en movimiento a la región de los muertos.

En primer lugar, va a busca a nuestro primer padre, como a la oveja perdida. Quiere visitar a los que yacen sumergidos en las tinieblas y en las sombras de muerte; Dios y su Hijo van a liberar de los dolores de la muerte a Adán, que está cautivo, y a Eva, que está cautiva con él.

El Señor hace su entrada donde están ellos, llevando en sus manos el arma victoriosa de la cruz. Al verlo, Adán, nuestro primer padre, golpeándose el pecho de estupor, exclama, dirigiéndose a todos: "Mi Señor esta con todos vosotros." Y responde Cristo a Adán: "Y con tu Espíritu." Y, tomándolo de la mano, lo levanta, diciéndole: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos y te iluminara Cristo.

Yo soy tu Dios, que por ti me hice hijo tuyo, por ti y por todos estos que habían de nacer de ti; digo, ahora, y ordeno a todos los que estaban en cadenas: "Salid", y a los que estaban en tinieblas: "Sed iluminados", y a los que estaban adormilados: "Levantaos".

Yo te lo mando: Despierta, tú que duermes; porque yo no te he creado para que estuvieras preso en la región de los muertos. Levántate de entre los muertos; yo soy la vida de los que han muerto. Levántate, obra de mis manos; levántate, mi efigie, tú que has sido creado a imagen mía. Levántate, salgamos de aquí; porque tú en mí y yo en ti somos una sola cosa.

Por ti, yo, tu Dios, me he hecho hijo tuyo; por ti, siendo Señor, asumí tu misma apariencia de esclavo; por ti, yo, que estoy por encima de los cielos, vine a la tierra, y aun bajo tierra; por ti, hombre, vine a ser como hombre sin fuerzas, abandonado entre los muertos; por ti, que fuiste expulsado del huerto paradisíaco, fui entregado a los judíos en un huerto y sepultado en un huerto.

Mira los salivazos de mi rostro, que recibí por ti, para restituirte el primitivo aliento de vida que inspiré en tu rostro. Mira las bofetadas de mis mejillas, que soporté para reformar a imagen mía tu aspecto deteriorado. Mira los azotes de mi espalda, que recibí para quitarte de la espalda el peso de tus pecados. Mira mis manos, fuertemente sujetas con clavos en el árbol de la cruz, por ti, que en otro tiempo extendiste funestamente una de tus manos hacia el árbol prohibido.

Me dormí en la cruz, y la lanza penetró en mi costado, por ti, de cuyo costado salió Eva, mientras dormías allá en el paraíso. Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te sacará del sueño de la muerte. Mi lanza ha reprimido la espada de fuego que se alzaba contra ti.

Levántate, vayámonos de aquí. El enemigo te hizo salir del paraíso; yo, en cambio, te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celestial. Te prohibí comer del simbólico árbol de la vida; más he aquí

que yo, que soy la vida, estoy unido a ti. Puse a los ángeles a tu servicio, para que te guardaran; ahora hago que te adoren en calidad de Dios.

Tienes preparado un trono de querubines, están dispuestos los mensajeros, construido el tálamo, preparado el banquete, adornados los eternos tabernáculos y mansiones, a tu disposición el tesoro de todos los bienes, y preparado desde toda la eternidad el reino de los cielos.



.... y descendió a los infiernos, Sábado Santo: día de la sepultura de Dios

Meditaciones sobre la Semana Santa



Cardenal Joseph Ratzinger –
Benedicto XVI

En nuestro tiempo se oye hablar cada vez con mayor insistencia de la Muerte de Dios. Por primera vez, en Jean Paul, se trata sólo de una pesadilla: «Jesús muerto anuncia a los muertos, desde el tejado del mundo, que en su viaje al más allá no ha encontrado nada, ni cielo, ni Dios misericordioso, sino sólo la nada infinita, el silencio del vacío abierto de par en par». Se trata todavía de un horrible sueño, el cual, al despertar, gimiendo se deja a un lado, aunque no se logrará jamás olvidar la angustia sufrida, que estaba siempre al acecho, oculta, en el fondo del alma.

Un siglo más tarde, en Nietzsche, hay una seriedad mortal que se expresa en un grito penetrante de terror: ¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!. Cincuenta años después, se habla de ello con un distanciamiento académico y se nos prepara a una «teología después de la muerte de Dios», se mira alrededor para ver cómo se puede continuar y se anima a los hombres a prepararse para ocupar el puesto de Dios.

El misterio terrible del Sábado Santo, su abismo de silencio, ha adquirido en nuestro tiempo una realidad aplastante. Ya que esto es el Sábado Santo: día de la ocultación de Dios, día de esa paradoja inaudita que nosotros expresamos en el Credo con las palabras «descendió a los infiernos», descendió dentro del misterio de la muerte.

El Viernes Santo podíamos mirar aún al traspasado. El Sábado Santo está vacío, la pesada piedra del sepulcro nuevo cubre al difunto, todo ha pasado, la fe parece haber sido desenmascarada como un fanatismo. Ningún Dios ha salvado a este Jesús que se decía Hijo suyo. Se puede estar tranquilo: los prudentes que antes habían dudado un poco en lo profundo de su ser si tal vez pudiese ser distinto, han tenido en cambio razón.

Sábado Santo: día de la sepultura de Dios; ¿no es éste, de una manera impresionante, nuestro día? ¿No comienza nuestro siglo a ser un gran Sábado Santo, día de la ausencia de Dios, en el que hasta los discípulos tienen un vacío helador en el corazón que se hace cada vez más grande, y por este motivo se disponen, llenos de vergüenza y de angustia, a volver a casa y se encaminan a escondidas y destruidos en su desesperación hacia Emaús, no dándose cuenta en absoluto de que aquel que creían muerto estaba en medio de ellos?

Dios ha muerto y nosotros lo hemos matado: ¿nos hemos dado cuenta de que esta frase está tomada casi al pie de la letra de la tradición cristiana y que nosotros hemos repetido a menudo en nuestros *iae crucis* algo parecido sin darnos cuenta de la gravedad tremenda de lo que decíamos? Nosotros lo hemos matado, recluyéndolo en la concha rancia de nuestros pensamientos habituales, exiliándolo a una forma de piedad sin contenido de realidad y perdida en el giro de las frases devocionales o de las preciosidades arqueológicas; nosotros lo hemos matado a través de la ambigüedad de nuestra vida, que ha extendido un velo de oscuridad también sobre él: en efecto, ¿qué habría podido



hacer más problemático en este mundo a Dios, que la problematicidad de la fe y del amor de sus creyentes?

La oscuridad divina de este día, de este siglo que se convierte cada vez en mayor medida en un Sábado Santo, habla a nuestra conciencia. También nosotros tenemos que ver con ella. Pero, a pesar de todo, tiene en sí algo consolador. La muerte de Dios en Jesucristo es al mismo tiempo expresión de su solidaridad radical con

nosotros. El misterio más oscuro de la fe es al mismo tiempo el signo más claro de una esperanza que no tiene límites. Y una cosa más: sólo a través del fracaso del Viernes Santo, sólo a través del silencio de muerte del Sábado Santo los discípulos pudieron ser llevados a la comprensión de lo que era verdaderamente Jesús y de lo que su mensaje significaba en realidad. Dios debía morir por ellos para poder vivir realmente en ellos. La imagen que se habían formado de Dios, en la que habían tratado de encerrarlo, debía ser destruida para que ellos, a través de los escombros de la casa derribada, pudieran ver el cielo, a él mismo, que permanece siempre el infinitamente más grande. Nosotros tenemos necesidad del silencio de Dios para experimentar de nuevo el abismo de su grandeza y el abismo de nuestra nada que se haría cada vez más grande si no estuviese él.

Hay una escena en el Evangelio que anticipa de un modo extraordinario el silencio del Sábado Santo y aparece una vez más, por tanto, como el retrato de nuestro momento histórico. Cristo duerme en una barca que, zarandeada por la tempestad, parece naufragar. El profeta Elías se había reído en una ocasión de los sacerdotes de Baal, que invocaban inútilmente a grandes voces a su dios para que hiciera descender fuego sobre el sacrificio, exhortándoles a gritar más fuerte, no fuera que su dios estuviese dormido.

¿Pero no duerme Dios realmente? El escarnio del profeta, ¿no toca finalmente también a los creyentes del Dios de Israel que viajan con él en una barca que parece naufragar? Dios duerme mientras sus cosas parecen naufragar, ¿no es ésta la experiencia de nuestra vida? La Iglesia, la fe, ¿no se asemejan a una pequeña barca que parece naufragar, que lucha inútilmente contra las olas y el viento, mientras Dios está ausente? Los discípulos gritan en la desesperación extrema y sacuden al Señor para despertarlo, pero él se muestra sorprendido y les reprocha su poca fe. ¿Pero acaso es distinto para nosotros?

Cuando la tempestad pase nos daremos cuenta en qué medida nuestra poca fe estaba cargada de insensatez. Y, no obstante, oh Señor, no podemos hacer otra cosa que sacudirte, Dios que estás en silencio y duermes, y gritarte: despierta, ¿no ves que naufragamos? Despierta, no dejes que dure eternamente la oscuridad del Sábado Santo, deja caer un rayo de Pascua también sobre nuestros días, acompáñanos cuando nos dirigimos desesperados hacia Emaús para que nuestro corazón se pueda

encender con tu cercanía. Tú que has guiado en lo escondido los caminos de Israel para ser finalmente hombre con los hombres, no nos dejes en la oscuridad, no permitas que tu palabra se pierda en el gran derroche de palabras de estos tiempos. Señor, danos tu ayuda, porque sin ti naufragaremos.

La ocultación de Dios de este mundo constituye el verdadero Misterio del Sábado Santo, misterio al que se alude ya en las enigmáticas palabras según las cuales Jesús «descendió a los infiernos». Al mismo tiempo, la experiencia de nuestra época nos ha ofrecido una aproximación completamente nueva al Sábado Santo, ya que la ocultación de Dios al mundo que le pertenece y que debería anunciar con mil lenguas su nombre, la experiencia de la impotencia de Dios que es no obstante el Omnipotente, es la experiencia y la miseria de nuestro tiempo.

Pero si bien el Sábado Santo se nos ha aproximado profundamente de esta manera, si bien nosotros comprendemos al Dios del Sábado Santo más que la manifestación potente de Dios en medio de los truenos y los relámpagos, de la que habla el Antiguo Testamento, no obstante, permanece irresoluta la cuestión de saber qué se entiende verdaderamente cuando se dice de manera misteriosa que Jesús «descendió a los infiernos». Digámoslo con toda claridad: nadie está en disposición de explicarlo verdaderamente.

Ni queda más claro diciendo que aquí infierno es una mala traducción de la palabra hebrea *shêol*, que indica sencillamente todo el reino de los muertos, y, por tanto, la fórmula querría decir en origen sólo que Jesús descendió a la profundidad de la muerte, está realmente muerto y ha participado en el abismo de nuestro destino de muerte. Y surge entonces la pregunta: ¿qué es realmente la muerte y qué sucede efectivamente cuando se desciende a las profundidades de la muerte?

Debemos detener aquí nuestra atención ante el hecho de que la muerte ya no es lo mismo después de que Cristo la ha sufrido, después de que él la ha aceptado y penetrado, del mismo modo que la vida, el ser humano ya no es lo mismo después de que en Cristo la naturaleza humana pudo entrar en contacto, y de hecho entró, con el ser propio de Dios. Antes la muerte sólo era muerte, separación de la tierra de los vivos y, si bien con distinta profundidad, algo parecido a «infierno», lado nocturno de la existencia, oscuridad impenetrable. Ahora, sin embargo, la muerte es también vida y cuando nosotros atravesamos la glacial soledad del umbral de la muerte, nos encontramos siempre de nuevo con aquel que es la vida, que ha querido convertirse en el compañero de nuestra soledad última y que, en la soledad mortal de su angustia en el huerto de los Olivos y de su grito en la Cruz «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», se ha hecho partícipe de nuestro abandono.

Si un niño se tuviese que aventurar solo en la noche oscura a través de un bosque, tendría miedo aunque se le demostrara cien veces que no había ningún peligro. Él no tiene miedo de algo determinado, a lo que se le pueda dar un nombre, sino que en la oscuridad experimenta la inseguridad, la condición de huérfano, el carácter siniestro de la existencia en sí. Sólo una voz humana podría consolarlo; sólo la mano de una persona querida podría ahuyentar como un feo sueño la angustia. Se da una angustia

verdadera, que anida en las profundidades de nuestras soledades que no puede ser superada mediante la razón, sino sólo con la presencia de una persona que nos ama.

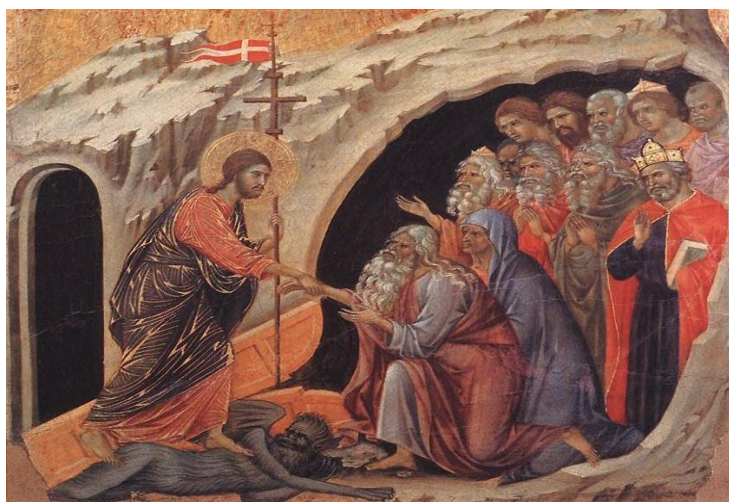
En efecto, esta angustia no tiene un objeto al que se pueda dar un nombre, es sólo la expresión terrible de nuestra soledad última. ¿Quién no ha tenido la espantosa sensación de esta condición de abandono? ¿Quién no advertiría el milagro santo y consolador que sería en medio de estas dificultades una palabra de afecto? Sin embargo, allá donde se da una soledad tal que no puede llenarse ya por la palabra transformadora del amor, entonces nosotros hablamos de infierno.



Y nosotros sabemos que no pocos hombres de nuestro tiempo, aparentemente tan optimista, son de la opinión de que todo encuentro se queda en la superficie, que ningún hombre tiene acceso a la última y verdadera profundidad del otro y que, por tanto, en el fondo último de toda existencia subyace la desesperación, más aún, el infierno. Jean-Paul Sartre expresó esto en la práctica en una obra de teatro y, al mismo tiempo, expuso el núcleo de su doctrina del hombre. Una cosa es cierta: se da una noche en cuya oscuridad y abandono no penetra ninguna palabra que conforte, una puerta que nosotros debemos atravesar en absoluta soledad: la puerta de la muerte.

Toda la angustia de este mundo es, en último término, la angustia provocada por esta soledad. Por tal motivo, el término empleado en el Antiguo Testamento para el reino de los muertos era el mismo con que se indicaba el infierno: *shêol*. La muerte, en efecto, es soledad absoluta. Pero la soledad que ya no puede ser iluminada por el amor, que es tan profunda que el amor ya no puede acceder a ella, es el infierno.

“Descendió a los infiernos”: esta confesión del Sábado Santo significa que Cristo ha atravesado la puerta de la soledad, que ha descendido al fondo inalcanzable e insuperable de nuestra condición de ser abandonado. Sin embargo, esto significa que también en la noche extrema en la que no penetra ninguna palabra, en la que todos nosotros somos como niños despreciados, llorosos, se da una voz que nos llama, una mano que nos toma y nos conduce. La soledad insuperable del hombre ha sido superada desde el momento en que *Él* se ha encontrado en ella. El infierno ha sido vencido desde el momento en que el amor ha entrado también en la región de la muerte y la tierra de nadie de la soledad ha sido habitada por él. En lo profundo de sí el hombre no vive de pan, en la autenticidad de su ser vive por el hecho de que es amado y de que se le permite amar. A partir del momento en que en el espacio de la muerte se da la presencia del amor, se da la vida en medio de la muerte: «la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma», reza la Iglesia en la liturgia de difuntos.



Nadie puede medir en última instancia el contenido de estas palabras: «descendió a los infiernos». Pero si alguna vez se nos permite acercarnos a la hora de nuestra soledad última, se nos concederá comprender algo de la gran claridad de este oscuro misterio. En la certeza cargada de esperanza de que en aquella hora de extremo abandono no estaremos solos podemos presagiar ya ahora algo de lo que sucederá. Y en medio de nuestra protesta contra la oscuridad de la muerte de Dios comenzamos a estar agradecidos por la luz que viene a

nosotros desde esta oscuridad.

Unidos a la Virgen de la Soledad, la Madre de Dios y Madre nuestra, preparemos nuestras vidas para celebrar la VIGILIA PASCUAL, donde quiera que estes, una vela, un poco de agua y un corazón dispuesto para escuchar nuevamente la GRAN OBRA DE DIOS: LA RESURECCION DE SU HIJO que asciende las tinieblas de la muerte y sale del sepulcro.

V.



Monseñor Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano

Canonigo Teólogo Lectoral

Cabildo Colegial de Guadalupe

SEMANA SANTA

TEPEYAC 2026